

"El liberal," Madrid, 21 abril 1923

21 abril 1923

COMENTARIO DE ACTUALIDAD



El neofajismo español

Resúltanos extraño que hasta "La Epoca", tan sesudamente irónica como es, aparente tomar en medio serio siquiera eso del neofajismo español, que ni es neo, o nuevo, ni es fajismo. ¡Buena está la regocijante gavilla de los que le jalean por procuración!

No; aquí no hay ningún Mussolini, como no ha habido, que sepamos, ningún Alfredo Oriani, de cuyo libro "La lucha política en Italia" sacó aquél, según confesión propia, su escaso caudal de teoría política. Ni el problema de la nacionalidad se presenta aquí como en esa Italia unificada, que, como nación una y compacta, no tiene más que cincuenta y dos años de vida. Digase lo que se diga, la unidad nacional española está hecha—mucho más hecha que creen los nacionalismos regionales—, y es otro aquí el problema que en Italia.

¿Jerarquía? ¿Disciplina? Es que aquí los jefes son los anarquizados; los maestros son los indisciplinados. No es a los supuestos revolucionarios a los que hay que meter en cintura.

En rigor, todo el fenómeno histórico del fajismo italiano se reduce a haber llegado al Poder, y a un Poder casi personal, imponiéndose al monarca, un hombre de cuarenta años, que no había ocupado antes cargo alguno público, que no ha pasado por el triste escalafón de los políticos de carrera, en el que dejan éstos su virginidad de ideales, cuando no su honra.

En el capítulo I del libro noveno, en que se trata del segundo período monárquico de su obra "La lucha política en Italia", contaba Oriani, el maestro de Mussolini, cómo los viejos revolucionarios italianos quedaron presos de la Monarquía; Mazzini, muriendo, tras de larguísimo destierro, en Pisa; Garibaldi, rendido a Umberto I; Alberto Mario, augurándole a la Monarquía un plácido caso; Aurelio Saffi, vuelto pontífice, reverenciado e ineficaz del partido republicano; Nicotera, "violento de odio contra los reyes todos", entrando en un Ministerio; Cairoli, presi-

dente del Consejo de ministros; lo mismo Depretis y Crispi; José Ferrarri, senador por el rey; Visconti-Venosta y Medici, hechos marqueses, y, por fin, cuando la Monarquía había vencido, Carducci, que se guardó el más desdeñoso para con Víctor Manuel, "deponiendo, símbolo de paz, una corona de flores poéticas sobre la frente de la reina de Italia".

Pero esto que Oriani, al que Mussolini ha llamado su maestro, llamó la victoria de la Monarquía, ¿fué tal? No, sino todo lo contrario. Fué Mazzini, el máximo, el que al cabo venció a la Casa de Saboya. Los republicanos entraron en el Quirinal imponiendo su doctrina. Y respetaron la Corona porque necesitaban de ella frente a la Tiara. Italia republicana se apoyaba en el Quirinal para defenderse del Vaticano. Y la última victoria, la de Mussolini, ha sido tanta, que sobre el internacionalismo moscovizante, sobre el Quirinal y sobre el Vaticano, sobre la Corona y sobre la Tiara.

A nadie se le puede ocurrir en Italia que el episcopado italiano acuda un día a apuntalar el Trono saboyano, si éste, por su propia carcoma, amagase añicarse.

Esa caricatura de fajismo que aquí se trata de incubar bajo el miedo a que el problema de la irresponsabilidad siga su natural derrotero, no es sino uno de tantos remedios como se está tramando para desviar las aguas, acaso pronto torrenciales, de su cauce, de la hoz que el destino histórico les marca, y ante el temor de que no basten represas. O se inventan problemas sin consistencia para sangrar ese caudal del cauce y llevar porción de él, por un cuérnago, para hacer que reaflyan cuando hayan pasado del estorbo que deben inundar y arrastrar: del estorbo de la irresponsabilidad.

No; el feto ese del neofajismo—como le llama "La Epoca"—español no

es de inspiración nacional. Ha sido concebido, no en las entrañas emponzoñadas de la nación, sino en el seno ponzoñoso del reino. Más que los corrompidos, son los corruptores los que lo incuban y alientan.

Dice "La Epoca" que el incipiente fajismo español no es una doctrina ni un hecho. Pero en historia, hecho doctrina son una sola y misma cosa. La batalla de Waterloo, el descabezamiento de Carlos I de Inglaterra o el de Luis XVI de Francia, buenas o malas, según quién y cómo las juzgue, doctrinas son, y el contrato social de Rousseau o la teoría del salario de Marx, son hechos. Hechos fecundos en doctrinas y doctrinas fecundas en hechos. Y así, la vergonzosa huída del último Gabinete conservador idóneo, en aquella memorable última sesión de Cortes, fué una doctrina y un hecho. Fué la doctrina de la irresponsabilidad y la de la cosoberanía. Un soberano huía del otro.

Entretanto, el Sr. Ossorio y Gallardo predica el "referéndum", el cabildo abierto, y habla de disolver el Parlamento y buscar el calor y apoyo de la opinión verdadera del pueblo. ¿De qué pueblo? Nada espera del próximo Parlamento. Tampoco nosotros.

¡Ah, si surgiesen los nuevos comuneros a bregar contra los flamencos de hoy! Porque la actual lucha de justicia es, en su entraña, la de aquellas Comunidades de Castilla, que lidiaron denodadamente contra el imperialismo germánico del primer Habsburgo de España, de Carlos I, el paladín de la contra-reforma y el portaestandarte de la fatídica Casa de Austria. Sin que esto quiera decir que haya sido mejor la casta de Felipe V, mejida a las veces con la de aquél.

MIGUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S.